



¿LO VES? No estamos tan lejos, después de todo –dijo Nivalan, animada.

Milo contempló con gesto inexpresivo el mapa que su compañera sostenía entre las manos. Las letras y símbolos que le señalaba no tenían ningún significado para él.

–No sé leer los mapas, Nivalan –le recordó.

–Yo tampoco sabía, hasta ahora. Ven, no es tan difícil.

Milo se inclinó hacia ella con un suspiro y se esforzó por prestar atención.

Estaban terminando de desayunar junto a la chimenea, en la granja donde habían pasado la noche. Acababa de amanecer, así que no tardarían en reemprender la marcha por el camino que conducía a las tierras del norte. Dado que solo tenían que seguirlo para llegar a su destino, el muchacho no le encontraba utilidad a aquel viejo mapa, pero estaba claro que Nivalan tenía otra opinión al respecto.

–Estas manchas son bosques, ¿lo ves? –continuó ella–. Y estas líneas, caminos. Los puntos indican poblaciones. Los más grandes son ciudades. Los pequeños, pueblos. –Milo advirtió que a su compañera le costaba disimular su emoción–. ¿No lo comprendes? Es como contemplar el mundo desde arriba, a vista de pájaro. Así es como estoy acostumbrada a verlo yo –añadió en voz baja.

A pesar de que ahora recorría los caminos con aspecto de mujer, Nivalan era en realidad una dragona que había adoptado forma humana para recuperar los huevos que le habían robado. Había tomado aquella decisión con el objetivo de infiltrarse entre la gente y averiguar el paradero de los ladrones que habían asaltado su cueva tiempo atrás, pero se quejaba a menudo de lo mucho que la limitaba aquel cuerpo. Obligada a desplazarse a pie o a caballo, Nivalan sentía que avanzaban desesperantemente despacio. Sin duda echaba de menos su cuerpo verdadero, y Milo no podía culparla por ello. A pesar de que ya habían recuperado dos de los cuatro huevos perdidos, el tiempo corría en su contra y no podían permitirse más retrasos.

–¿Qué sentido tiene divisar todo esto a vista de pájaro, si nosotros no podemos volar? –razonó, sin embargo. Nivalan se quedó mirándolo, y él añadió–: Salvo que estés dispuesta a seguir sin mí, claro.

Ella lo observó con los ojos entornados. El hechizo que le había permitido cambiar de forma la mantenía, no

obstante, vinculada a su compañero de viaje. No debían separarse; si lo hacían, Nivalan recuperaría su cuerpo de dragona, pero Milo enfermaría y quizá... moriría.

No solían hablar mucho de ello, porque no era un asunto agradable para ninguno de los dos. Por eso, a la mujer dragón la sorprendió que fuese él quien sacara el tema.

–Lo haría –replicó con cierta altivez–. Pero sabes muy bien que no te conviene.

–Tampoco a ti –contraatacó el muchacho–. Si recuperas tu aspecto verdadero, quizá alcances tu destino más deprisa, pero no podrás volver a transformarte en humana ni serás capaz de descubrir por ti misma dónde están los huevos que te faltan –le recordó en voz baja.

La garganta de Nivalan vibró con un leve gruñido, pero ella no respondió, porque sabía que Milo estaba en lo cierto.

–Y eso significa que, ya que estamos obligados a viajar juntos, deberás tener en cuenta mi opinión –concluyó él.

Ella resopló por lo bajo.

–Muy bien, listillo. ¿Y cuál es tu opinión, exactamente? ¿Que no podemos usar un mapa para orientarnos? Te recuerdo que vamos a adentrarnos en una región donde no vive casi nadie. Sin mapa, daremos vueltas y vueltas por el páramo durante días enteros, completamente perdidos, antes de encontrar a alguien a quien podamos preguntar. ¿Es eso lo que quieres?

En el fondo, el chico sabía que ella tenía razón. Pero no podía evitar sentirse inseguro ante aquella situación.

Después de atravesar buena parte del Reino Agreste en su trayecto hacia el norte, habían pasado varios días en Fuentelada, la última población importante junto al camino, buscando sin éxito a alguien que estuviese dispuesto a guiarlos hasta las Estepas Boreales. No habían tenido suerte: todo el mundo les decía que era una locura emprender aquel viaje a las puertas del invierno, por lo que no hallaron a nadie que quisiera acompañarlos.

Pero no todo habían sido malas noticias, puesto que en la posada les habían proporcionado información acerca de la persona a la que perseguían: un Cazador de piel oscura y cabello blanco se había alojado allí apenas un par de semanas atrás, y después había continuado su camino hacia el norte.

–Y si él ha podido seguir adelante, ¿por qué nadie más quiere hacerlo? –había planteado Nivalan.

El posadero, rascándose la cabeza, se había limitado a argumentar que los Cazadores estaban hechos de otra pasta.

De modo que Milo y Nivalan habían tenido que contentarse con reanudar el viaje solos, avanzando por el camino que llevaba a las tierras del norte. De vez en cuando, aquí y allá, aún encontraban alguna casa en el trayecto, como la granja en la que se habían alojado la noche anterior, donde habían dormido y cenado bastante bien; pero Milo tenía que reconocer que quizá no volverían a tener tanta suerte más adelante.

Al menos, contaban con un par de caballos y con aquel mapa que la mujer dragón había comprado en Fuentelada en el último momento, convencida de que les resultaría de utilidad. Y tal vez tuviese razón, tuvo que admitir Milo a regañadientes. Si otros viajeros se orientaban gracias a aquellos documentos, ellos también podrían aprender a interpretarlos.

–De acuerdo –dijo al fin, conciliador–. Explícamelo otra vez, por favor.

–Solo si prestas atención.

–Estoy prestando atención.

Nivalan le dirigió una mirada socarrona, pero no insistió.

–Esto es Fuentelada, ¿ves? –empezó, señalando un punto en el mapa–. Y este es el camino que tomamos desde allí. –Su dedo recorrió una línea serpenteante que continuaba hacia el norte–. Nos llevará más allá del Reino Agreste, hasta la región donde habitan las tribus bárbaras. Como van cambiando de lugar, sus campamentos no están registrados en el mapa. Es lo único que hay en esa dirección, así que es poco probable que el Cazador que robó mi huevo se dirija a cualquier otro sitio, y menos en esta época del año.

Milo arrugaba el entrecejo en señal de concentración.

–Pero, si esto es un camino... –dijo tras un instante de silencio.

–¿Sí?

–No conduce a ninguna parte –concluyó él, desconcertado–. No llega hasta las Estepas Boreales; se acaba mucho antes.

–Eso parece.

–Entonces..., si continuamos por este camino, siguiendo el mapa, llegará un momento en que estaremos perdidos de todas formas. Hay mucho bosque por ahí, ¿no? ¿No es eso lo que significan estas manchas?

–Sí, muy bien –lo felicitó ella–. ¿Ves como no era tan complicado?

–¿Y qué son estas líneas en zigzag? ¿Otro camino?

Nivalan tardó un poco en responder.

–No –dijo al fin–. Parece más bien una cadena montañosa.

Milo la miró con perplejidad.

–Así que el camino termina más adelante –recapituló en voz baja–. Y luego hay un bosque, y después hay que cruzar las montañas..., antes de llegar a la tierra donde viven los bárbaros.

–Sí, eso parece.

Milo sacudió la cabeza con un suspiro.

–Nivalan, no podemos hacerlo nosotros solos, y menos en pleno invierno. Los lugareños de Fuentelada tenían razón: es una locura.

Ella resopló irritada.

–El invierno no ha comenzado aún. Cuanto más tiempo perdamos discutiendo, más complicado será el trayecto.

–¡Pero si está nevando! –casi gritó Milo.

–No –corrigió Nivalan–. Mira bien.

Los dos se volvieron hacia la ventana. La tarde anterior los había sorprendido una llovizna de aguanieve que se había transformado en una nevada temprana de madrugada. Aún caían copos al amanecer, cuando se habían asomado a contemplar el paisaje, que habían hallado cubierto por una ligera capa blanca.

Ahora, tal como señalaba la mujer dragón, había dejado de nevar.

–Tenemos que aprovechar –lo urgió ella–, así que, si ya has terminado tus gachas, levántate y recoge tus cosas; cuanto antes nos pongamos en marcha, antes llegaremos.

Milo ya conocía bien a su compañera de viaje y sabía que, cuando algo le entraba en la cabeza, no había forma de hacerla cambiar de opinión, de modo que no siguió discutiendo.

Cuando ya estaban a punto de marcharse, el granjero les advirtió:

–Parece que el cielo se está despejando, pero no os confiéis. Vienen más nubes desde el norte y caerá otra nevada pronto, quizá esta misma noche.

Nivalan siguió la dirección de su mirada y observó pensativa los densos nubarrones que se acumulaban en el horizonte. Arrugó el ceño, y Milo advirtió por primera vez una sombra de preocupación en sus ojos de color ámbar. Eso lo inquietó, ya que, después de todo, su compañera era

una dragona acostumbrada a surcar los cielos y, sin duda, sabía interpretar el tiempo atmosférico mejor que cualquier humano.

Sin embargo, ella se limitó a responder:

–Tenemos que seguir de todas formas.

El granjero sacudió la cabeza, pero no la contradijo.

–Si el camino se vuelve impracticable más adelante –repuso, no obstante–, volved atrás y llamad a nuestra puerta, sea la hora que sea. Estaremos encantados de acogeros otra vez.

Milo le dio las gracias, aunque era consciente de que Nivalan le había pagado generosamente por su hospitalidad. El muchacho había abierto mucho los ojos al ver el montón de monedas que ella había depositado sobre la repisa de la chimenea antes de abandonar el comedor. Sospechaba que la mujer dragón no estaba informada del valor del dinero en el mundo de los humanos.

O tal vez sí, pero no le importaba.

Se despidieron, pues, del granjero y de su esposa, montaron en sus caballos y continuaron su viaje por el camino que conducía al norte.

Dejaron atrás la granja y siguieron adelante a través de un paisaje llano, salpicado de árboles solitarios aquí y allá, pero de un vacío desolador por lo demás. La fina capa de nieve que lo cubría todo acrecentaba aquella impresión. Los cielos se habían despejado sobre ellos, aunque el sol, pálido y apagado, apenas calentaba. El frío, no obstante,

no preocupaba demasiado a los viajeros, que habían comprado ropa de abrigo en Fuentelada. Nivalan había manifestado con desdén que a ella no le hacía falta, pero Milo la había convencido de que se preparase de todas maneras, puesto que ya no era tan resistente a las bajas temperaturas como cuando podía contar con su cuerpo de dragona.

El cabrero, en silencio sobre su montura, oteaba ahora el horizonte, esperando ver en cualquier momento la cadena montañosa que el mapa les había anticipado. Pero no había nada: solo el camino que seguía y seguía entre campos nevados, y las nubes que los aguardaban más adelante y que cada vez parecían más oscuras y ominosas.

Al caer la tarde, llegaron a las lindes del bosque que indicaba el mapa. Al principio eran solo algunas pequeñas arboledas dispersas, pero pronto la vegetación se fue espesando y los viajeros no tardaron en adentrarse en una frondosa floresta de árboles enormes y vetustos que crecían en un mar de helechos. Era muy evidente que por allí no pasaba nunca nadie, puesto que los matorrales invadían el camino una y otra vez, y llegaban a ocultarlo en algunos puntos. Al final, Milo y Nivalan se vieron obligados a descabalgarse y avanzar a pie, llevando a los caballos de la brida. La mujer dragón refunfuñaba por lo bajo, apartando matorrales con irritación.

—Esto es ridículo —rezongaba—. Tenemos caballos y hay un camino, no deberíamos ir tan despacio.

–Es el camino que estaba señalado en el mapa –le recordó Milo–. Y ahora entiendo por qué no continuaba: parece que sí conducía a alguna parte hace mucho tiempo, pero ya nadie lo usa ni lo mantiene, y por eso el bosque ha acabado por devorarlo. –Sacudió la cabeza con un suspiro pesadoso–. Creo que no tardaremos en llegar al final de la senda, Nivalan. Quizá deberíamos volver.

Nada más pronunciar estas palabras, sintió algo húmedo y frío en la punta de la nariz. Se lo quitó con los dedos: era un copo de nieve. Alzó la cabeza para comprobar que, tal como temía, había comenzado a nevar otra vez.

–No vamos a volver –gruñó Nivalan–. Seguiremos adelante hasta que llegemos a nuestro destino.

–¿Y cuál es nuestro destino?

–Mi huevo –se limitó a replicar ella.

Milo no la contradujo, convencido de que, en vista de las circunstancias, tarde o temprano acabaría por entrar en razón.

No obstante, subestimaba la terquedad de su compañera. Aunque la nevada se intensificó y el camino desapareció al fin ante ellos, Nivalan no dejó de avanzar en ningún momento, peleándose con la maleza y con su caballo, que cada vez encontraba más dificultades para moverse.

–¡Estos animales son inútiles! –exclamó, tirando de la brida con irritación–. ¡Irámos más deprisa sin ellos!

Milo tenía serias dudas al respecto. Bajo sus pies ya se estaba formando una gruesa capa de nieve recién caída,

así que era complicado abrirse paso entre los arbustos, con caballos o sin ellos. La temperatura bajaba con rapidez a medida que el sol se ocultaba tras el horizonte, y el muchacho empezaba a temer que su ropa de abrigo no fuera suficiente cuando cayera la noche.

–Nivalan, tenemos que dar media vuelta –insistió entonces–. Antes de que sea demasiado tarde.

–¿Demasiado tarde para qué?

–¿Dónde piensas pasar la noche? No hay refugios en el bosque. Ningún lugar donde podamos guarecernos.

–Tampoco llegaríamos a la granja aunque regresásemos ahora mismo. ¿Qué te pasa? Te criaste en la montaña, ¿no? Has pasado media vida entre bosques. ¿Es que tu estancia en la ciudad de los elfos te ha echado a perder?

–Precisamente porque me crié en la montaña –replicó él entre dientes–, sé muy bien que hay que buscar refugio cuando llega el invierno, y sobre todo por la noche.

–Encenderemos un fuego –insistió ella, tozuda.

–¿Cómo vas a encender un fuego con esta nevada? –casi gritó él. Hizo una pausa para calmarse un poco y continuó–: Mírate, Nivalan: estás temblando. Sé que tienes el pelo mojado y las manos y los pies congelados, igual que yo. No podemos pasar toda la noche así, peleándonos con los arbustos, muertos de frío. Además, hay otros peligros...

–¿Qué peligros? –cortó la mujer dragón con arrogancia–. Aquí solo estamos nosotros dos.

Como si lo hubiese invocado, el aullido de un lobo resonó en la distancia. Milo palideció.

–Es lo que me temía –murmuró.

Dirigió una larga mirada a Nivalan, que permanecía impertérrita, como si nada de aquello le concerniera.

–¿Sabes trepar a los árboles? –le preguntó el muchacho por fin.

Ella se encogió de hombros.

–No. ¿Por qué debería? Soy una criatura alada, ¿recuerdas?

–Porque, a veces, subirse a un árbol es la única manera de escapar de una manada de lobos hambrientos, Nivalan. Y porque ahora eres humana y no puedes volar.

La mujer dragón seguía mirándolo con el ceño arrugado en señal de incomprensión. Milo entendió de pronto que, para ella, uno o varios lobos jamás habían supuesto la menor amenaza. Era como si a él le advirtiesen de que corría peligro de morir devorado por una familia de ratones de campo.

–No importa –murmuró por fin–. Tenemos que seguir adelante.

Porque el aullido del lobo había sonado detrás de ellos, y eso significaba que ya no podrían volver sobre sus pasos. Con un poco de suerte, la manada encontraría otra presa a la que perseguir.

Y, si no lo hacía... En fin..., Milo esperaba de corazón que Nivalan fuese capaz de trepar a un árbol, después de todo.